



Por **ORLANDO FOMBELLIDA CLARO**
fombeclaro@gmail.com

LA caída, en apenas tres horas del día 24 de mayo último, de unos 94.5 milímetros de agua en Manzanillo, causó inundaciones de considerable magnitud, derrumbes de inmuebles e interrupción del suministro de electricidad, en varios sitios de esa ciudad.

Hace seis meses, lluvias asociadas a la tormenta tropical Eta provocaron aluviones en Secadero, El Sitio y Caño Adentro, lugares periféricos de la mencionada urbe, con la consiguiente afectación a viviendas, otras instalaciones y sembrados.

Los aludidos son dos ejemplos de reciente ocurrencia, demostrativos de los estropicios que pueden causar lluvias intensas.

El Doctor en Ciencias, ingeniero geofísico Fernando Guasch Hecharría, asesor en gestión de riesgos

para el desarrollo sostenible, director desde 1994 hasta 2001 del Centro nacional de investigaciones sismológicas (Cenais), con sede en Santiago de Cuba, asegura que la región oriental del país es una zona multiamenazada.

O sea, que es dable que en esta se pongan de manifiesto diferentes fenómenos naturales y, al mismo tiempo, de tipo sanitario y tecnológico, los cuales pueden constituir premisas de desastres.

El investigador precisa que en la actual provincia de Granma, la memoria histórica conocida pone de manifiesto que el mayor impacto lo han ocasionado fenómenos hidrometeorológicos extremos, por ser los más recurrentes cada año en la nación.

En el caso específico de este territorio, menciona los ciclones Flora y Dennis, en octubre de 1963 y julio de 2005, respectivamente, los cuales impactaron, en primer lugar, mediante fuertes vientos, llu-

vias intensas e inundaciones costeras.

Las inundaciones son, a escala global, los más frecuentes de los peligros de desastres naturales y las más extendidas en espacio y severidad.

El hombre no dispone de válvulas o compuertas con las cuales regular las precipitaciones; pero sí tiene la capacidad de realizar acciones para mitigar su impacto en caso de ser abundantes y en corto tiempo, por ejemplo, la construcción de embalses.

Entre otras medidas, con ese objetivo se encuentran no edificar viviendas cerca de ríos y zonas costeras bajas, sembrar árboles para favorecer el drenaje del suelo, no arrojar desperdicios, escombros o basuras al lecho de los ríos y quebradas, pues estos no dejan que el agua corra libremente y pueden generar represamientos e inundaciones, tampoco a la calle mientras llueve.

La presente temporada ciclónica en la zona del Atlántico Norte se pronostica activa, por lo que procede que cada Consejo de Defensa de Zona evalúe los riesgos y vulnerabilidades existentes en caso de eventos meteorológicos, y poner en práctica, las medidas en aras de contrarrestar sus nefastos efectos.

Lo antes señalado no niega la existencia de problemas cuya solución requiere proyectos e inversiones, digamos obras de fábrica para encauzar grandes avenidas, en los que los organismos a los cuales corresponde darles solución, deben trabajar sistemática e integralmente en su evaluación y administración.

En cuanto a los potenciales peligros citados, es necesario, al igual que en relación con la Covid-19, elevar la percepción de riesgo.



Por **OSVIEL CASTRO MEDEL**
ocastromedel@gmail.com

TAL vez no sea prudente comparar épocas, pero ante ciertos hechos de "raterismo" del presente, que antaño eran impensados, uno tiende a preguntarse si estamos descendiendo de la ansiada montaña del civismo y de los valores.

Se supone que la sociedad tenga menos vicios o "malas costumbres" mientras más avance el almanaque. Y en la medida en que sembremos más aulas, conocimiento y cultura, disminuirán los acontecimientos vergonzosos en nuestro entorno.

Sin embargo, algunos casos de la cotidianidad asombran y contradicen la teoría. No me cabe en la cabeza, por ejemplo, que alguien se pueda llevar para su casa un cactus naciente metiendo la mano acrobáticamente a través de una reja aje-

na; o que una persona se robe el mismísimo latón de la basura de un hogar -con basura incluida- una noche cualquiera. Que un sujeto sea capaz de hurtarse unos cepillos dentales dejados en un baño exterior; que un individuo o "individua" tome para sí una prenda íntima colgada en un cordel.

Hace poco, en un barrio nuestro, ciudadanos inescrupulosos se robaron una pequeña rueda del cesto móvil donde los vecinos de un edificio multifamiliar arrojan los desechos. Y días atrás, alguien raptó un trozo de espejo cuarteado que había sobrevivido en el baño de un centro laboral.

Hay otras historias francamente tristes, vinculadas con sustracciones en parques, hospitales, vías públicas y algunos sitios insospechados. Historias que hacen meditar por encima de la actuación de los rateros, término definido en el diccionario como "ladrón que

roba con habilidad y cautela cosas de poco valor".

¿Son solo estos cleptomános baratos los que ven en su actitud algo legítimo y nada censurable? ¿Es normal o válido que una persona se aferre a la filosofía del "estaba mal parqueado" para adueñarse de cualquier objeto? Tal vez en estas preguntas esté el meollo del problema, del que necesitamos preocuparnos sin llegar a enfoques apocalípticos.

Existe una tendencia, incluso entre determinados académicos, a justificar estas apropiaciones apuntando a las dificultades económicas. "Las carencias originan antivaleores", dicen. Y en parte tienen razón. Sin embargo, las narraciones de nuestros padres y abuelos desmentirían esos argumentos, porque ellos nos contaban que antes, cuando ni siquiera había donde dormir, era un pecado mayor tomar un centavo tirado en el

patio de un vecino y había que devolverlo con pena y solemnidad.

Más cercanas están las anécdotas -también en épocas sin bonanza- de las gallinas sueltas con sus pollitos, que cruzaban varios patios y regresaban sin un rasguño. ¿Se repetirán alguna vez esos relatos?

Es verdad que los tiempos, como las personas, cambian. Y que acaso estas líneas parezcan anticuadas a los ojos de sujetos supuestamente modernos en una era de "luchas". Pero lo peor sería resignarnos a aceptar en nuestros códigos de convivencia a los rateros y a las ratas.

Si no abordamos estos asuntos, si los llamamos o los aplaudimos, estaríamos ayudando a desmoronar la República moral con la que soñaba José Martí. Ese sueño, tan hermoso como difícil, no deberíamos abandonarlo sin al menos intentarlo.

Rateros, ratas y un sueño por cumplir

Ideas
DEL SURCO y LA OLLA

Por **EUGENIO PÉREZ ALMARALES**
reperez@enet.cu

Cocinar sin combustibles ni electricidad

Cocinar casi gratis, sin usar combustible alguno, ni electricidad, es posible y relativamente fácil.

La idea -ejemplos de la cual expone el Centro de estudios solares, en El Caney de Las Mercedes, en Bartolomé Masó- se aplica en numerosos sitios, principalmente de América Latina.

Se trata de una cocina que aprovecha el calor del Sol, la cual se construye con un disco o plato similar a una antena parabólica, la que debe cubrirse con material que refleje la luz y la concentre en el recipiente escogido para la cocción.

La cobertura se logra con láminas pulidas hechas con latas de cerveza o refresco u otro material-, las cuales debemos pegar sobre la parte cóncava del círculo, al que colocaremos de manera que podamos moverlo mientras avanza el día, a fin de mantener la incidencia del calor sobre el fondo de la vasija.

Algunas versiones incorporan varias parábolas, todas con los rayos dirigidos a la misma área, con lo que logran multiplicar el calor y, por tanto, acelerar el proceso.

Los resultados más rápidos se obtienen de las 12:00 m a las 2:00 p.m.

Si solo usáramos esta iniciativa para tibir el agua de bañarnos, ya vale la pena.



Dibujando el criterio



Al costado de la bayamesa Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Granma, en Prolongación de General García, apenas sobrevive este parque, cuyos bancos, en su mayor parte, no tienen fondo y algunos solo son chatarra

Foto **LUIS CARLOS PALACIOS**